

22 de enero de 2023 -- Tercer Domingo Ordinario "A"

[Is 8,23b - 9,3; 1 Cor 1,10-13.17; Mt 4,12-23](#)

### Homilía

Cuando Pedro y su hermano Andrés respondieron a la llamada de Jesús para dejarlo todo y seguirle, estaban corriendo un enorme riesgo. En su propia época, habían venido otros profetas, presentándose como el Mesías, y muchos les habían seguido, para darse cuenta más tarde de que habían sido engañados y se habían equivocado. En cierto modo, ¡los Discípulos tuvieron suerte! Al que seguían era al Mesías.

Y estaban tan contentos de haber hecho la elección correcta que más tarde, recordando el momento de su primera llamada, lo embellecieron. Cada uno lo cuenta a su manera, describiendo un contexto diferente. Todos ellos tienden a dar la impresión de que su respuesta fue inmediata y definitiva. En realidad, sabemos por el resto del Evangelio que dudaron considerablemente y sólo abandonaron sus ocupaciones después de la Resurrección. Pero al condensar los acontecimientos en un solo episodio, subrayan el punto esencial, que es el poder de la llamada de Dios, una vez reconocida y aceptada, para movilizar toda la energía humana.

La forma en que Jesús llamó a sus discípulos es característica del nuevo estilo adoptado por el joven rabino Jesús. No reúne a sus discípulos a su alrededor a la manera de los rabinos y líderes de escuela contemporáneos. No será un profesor entronizado en su púlpito con una ferviente multitud de discípulos a sus pies. Será un rabino itinerante, viajando constantemente hacia los pobres y los perdidos. Lo que pedirá a sus discípulos no serán oídos comprensivos ni una mirada entusiasta, sino la voluntad de ponerse en camino y llegar a los demás, el valor de ir al encuentro del otro allí donde se encuentre, en las fronteras más lejanas. La evangelización no será una cuestión de círculos cerrados unidos en un conjunto común de creencias en torno al mismo maestro. Consistirá en salir de uno mismo para ir al encuentro del otro. Hacia las periferias, como diría el Papa Francisco.

Es importante escuchar este mensaje durante la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos. Tendemos con demasiada facilidad a identificar la Iglesia con el Reino de Dios. En el Evangelio, Jesús hace una distinción muy clara entre ambos. Todo ser humano, sin distinción, está llamado a entrar en el Reino de Dios. Pero sólo unos pocos están llamados a ser Sus testigos ante el resto del mundo, y testigos de Su mensaje. Ellos son la Iglesia. Y la

Document extrait du [site de l'abbaye Notre-Dame de Scourmont](#), qui se trouve sur le territoire de Forges, à sept kilomètres au sud de la ville de Chimay, en Belgique. Notre-Dame de Scourmont est une abbaye de l'Ordre Cistercien de la Stricte Observance.

---

misión de la Iglesia no es preocuparse por el número de sus miembros, ni preocuparse por que todos se unan a sus filas. La misión de la Iglesia es ayudar a todo ser humano a entrar en el Reino de Dios. Probablemente la Iglesia seguirá siendo siempre pequeña. El Reino de Dios, a cuyo servicio está, debe ser universal.

Si recordamos esto, todos los problemas internos de la Iglesia adquieren una importancia mucho más relativa. Los conflictos, que son normales y saludables en cualquier grupo humano sano, existieron desde el principio. Los Corintios decían: pertenezco a Pedro o pertenezco a Pablo; como algunos dicen hoy: pertenezco a la Iglesia tradicional o a la Iglesia progresista, al movimiento carismático o al movimiento "Nosotros somos la Iglesia". Pablo les dice -y nos dice -: "¡No seáis estúpidos! ¿Fuiste bautizado en el nombre de Pablo o de Pedro? ¿Pablo o Pedro murieron por vosotros?

Cristo es quien murió por nosotros, y formamos una Iglesia no para ocuparnos de nuestros problemas internos, sino para dar testimonio juntos del mismo Reino de Dios, sean cuales sean nuestros conflictos.

La red en la que debemos reunir a la humanidad no son nuestras propias filas. Es la red misteriosa del amor misericordioso de Dios por todas las personas, sea cual sea su color, raza o credo.

Armand Veilleux